

ESPIRITUALIDAD TRINITARIA Y ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN

P. José María
Arnaiz Tubilleja, SM*

*Religioso marianista. Ha desempeñado diversos cargos de responsabilidad en la Compañía de María y en la animación de la Vida Religiosa en Argentina y Chile. Fue Secretario General de la Unión de Superiores Generales; es asesor internacional de muchas comunidades religiosas, como predicador de retiros, facilitador de capítulos generales y conferencista, dentro y fuera de su país y del Continente. Teólogo, escritor, director de la Revista Testimonio. Asesor para América Latina de la Editorial PPC. Es Provincial de su comunidad en Chile, donde además ha sido inspirador de una experiencia de comunidad que facilita la presencia carismática de los laicos. Hace parte del Equipo de Teólogas/os Asesoras/es de la Presidencia de la CLAR, ETAP desde el 2007; ha animado la Comisión de Carisma y Laicado.

Resumen:

Vivir una espiritualidad trinitaria es optar por una espiritualidad que brota del amor, la acogida, la compañía y la ternura. Es poner en la base de todo el rescoldo del evangelio que junta paternidad, hermandad y acción vivificante. Nos deja con una gran fuerza unitiva y con mucha fecundidad. Una espiritualidad trinitaria es una espiritualidad de comunión. Para llegar a ella tenemos que partir del encuentro; los auténticos encuentros son como los sacramentos, significan y producen la gracia. Esta espiritualidad trinitaria nos lleva a celebrar la comunión. Celebrar la comunión es pedir perdón cuando no la vivimos; escuchar la palabra de Jesús que nos habla de la comunión; pedir la especial gracia de la comunión; agradecerla cuando se vive; celebrar la comunión es, en fin, alabar a Dios que nos la da y nos la pide y para ello hay que vivir pascualmente, actuar bajo la acción del Espíritu y proceder con esperanza. El momento histórico nos pide iniciar el camino de la comunión y hacerlo en buena compañía.

La espiritualidad trinitaria debe nutrir nuestro modo de vida cristiano intenso y desafiarnos a vivir una eclesiología de comunión. Confesar a Dios como Trinidad es creer *que en su intimidad más profunda, él es amor, acogida, animación, compañía y ternura*. La conversión más necesaria en la Iglesia de hoy supone el paso progresivo de un Dios considerado como poder, “omnipotente y sempiterno” a un Dios que es Padre, hijo, hermano y don. Con un dios todopoderoso tendríamos que ser cautos y mantenernos distantes; en el trato con él no nos faltaría el miedo. En cambio, nuestra fe auténticamente evangélica es en un Dios reconocido gozosamente como Amor fiel, vida abundante y fecunda. Siempre que nos salimos de la esfera del amor nos fabricamos un Dios falso, un auténtico ídolo, dejamos de lado la fraternidad y no llegamos a la comunión. Se endurece nuestro corazón y se pone rígida nuestra mente.

1. Espiritualidad trinitaria

La espiritualidad que nace del encuentro con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo la llamamos, con justa razón, trinitaria y se caracteriza por colocar en el centro lo

esencial; esta nos lleva a la fuente de la vida, a un fuerte compartir, a ser familia, a dinamizar la cultura del encuentro y a una VC humanizada y humanizadora; por supuesto, a vivir la comunión y a organizarnos como comunidades dinámicas, dialógicas, capaces de respeto y acogida y en las que se vive con creatividad la relacionabilidad, la convivialidad, se unen fuerzas y carismas.

La VC nació de esta espiritualidad, para testimoniar y enseñar que Dios es amor; seguir de cerca a Jesús es hacer el gran descubrimiento de que Dios es amor; y quedan fascinados solo por quien nos lo descubre, nos enseña a vivirlo y nos apasiona con ese amor presente y palpitante, que es Jesús. En el Nuevo Testamento la insistencia suya es clara: Dios en el que creemos es ante todo “Padre” y no se impone por la fuerza sino por “su bondad amorosa”. Este Padre se ha dado a conocer en un ser humano, Jesús, al que llamamos hijo y hermano. Así el Hijo, Jesús, revela a un Padre profundamente humano y cercano a todas las personas que son hermanas. Este Dios Padre actúa en el mundo y en la Iglesia; es el que nos está pidiendo ahora mis-

mo entrar en la civilización del amor y llenar el día a día de expresiones auténticas de ese amor.

En el corazón del carisma y de la experiencia comunitaria cristiana y religiosa *está el conocer, amar y vivir el misterio trinitario*. Esa especial llamada es a ser hija/o y hermana/o a vivir amorosamente y en una comunión fecunda. Ello exige una experiencia de oración personalizada, acompañada, mística y un diario proceder marcado por la fraternidad, la generosidad y la profecía. Vivir esta experiencia es muy exigente y en cierto modo muy escasa. Es un acontecimiento difícil de integrar en nuestra vida. Eso mismo ocurrió con la resurrección de Jesús. Forzando un poco el castellano diría que es muy desafiante vivir “trinitariamente” como lo fue y lo es vivir de una fe en Cristo resucitado. Eso les pasó a los de Emaús. Quedaron tan frustrados que tiraban la toalla, abandonaban Jerusalén y se volvían a vegetar a su pueblo. En nosotros hay muerte y desánimo cuando hay corte con la Trinidad.

Algo de eso estamos viviendo como vida religiosa en este momento. Pero no queremos resignarnos. *Queremos descubrir el*

rescoldo de evangelio que hay en nosotros; de ese amor del Padre, de vinculación fraterna del Hijo y de la pasión que nos llega cuando dejamos que la acción del Espíritu nos vivifique. Como los de Emaús, estamos en un momento en el que podemos tomar conciencia de que si vivimos en la compañía de Jesús arderá nuestro corazón y caminaremos por las vías del servicio que todo lo transforma. Queda todavía en nuestra vida un rescoldo que nos puede llevar lejos y así revivir el camino hecho por Jesús. Por ese resquicio se nos va a colar Jesús en nuestras vidas. La acogida de este acompañante nos ofrecerá la oportunidad de ver las cosas en otra perspectiva. Eso fue posible no sólo por la compañía del nuevo caminante, sino, sobre todo porque éste les supo dar orientación a partir de la Palabra de Dios y les llevó a la experiencia del amor trinitario.

Poco a poco su corazón se fue caldeando y lo que antes parecía absurdo se fue transformando en algo con sentido inspirador y situado dentro del plan de Dios. *En el fondo, Cristo Resucitado es el que nos da a conocer la vida trinitaria, nos engancha con el amor apasionado al Padre a vivir del*

Espíritu del Hijo. Tan sólo cuando invitan al peregrino a quedarse con ellos y éste bendice el pan lo reconocieron. Sus vidas quedaron transformadas y regresaron inmediatamente a Jerusalén, donde estaba la comunidad, a comunicar la Buena Noticia. Allí escucharon a los demás decir: el Señor ha resucitado.

En este contexto y por estos motivos la CLAR ha querido que la Vida Consagrada del Continente llegue a un conocimiento interno de la vida misteriosa de la Trinidad, para amar apasionadamente a los protagonistas de ella y vivirla en la vida corriente, en el día a día. Los religiosos estamos urgidos de volver a la Trinidad y el maestro que nos va a mostrar ese camino es Cristo resucitado. En este carisma y espiritualidad trinitaria la fraternidad se contagia y se proclama, la comunión en la diversidad se reconoce y se hace realidad a partir de la complementariedad. *La maravillosa realidad de la Trinidad nos hace vibrar profundamente ya que nos pone en contacto con los tres grandes amigos: el Padre, el Hijo y su Espíritu.* En contacto con ellos se dan las auténticas explosiones de vida y de una creatividad que se renueva constantemente. Ser

fermento y levadura es una estupenda imagen de lo que es la Trinidad. Es fermento de servicio, de crear fraternidad, de optar por los pobres y marginados y de un seguimiento apasionado de Jesús. El Padre nos seduce y nos dejamos seducir por él. Nuestro corazón termina ardiendo y con ganas de anunciar las buenas noticias por las que late.

No hay duda que de la Trinidad, misterio y vida, nace lo nuevo, las primaveras que conseguirán que broten en la Iglesia sus mejores frutos que nos van a deslumbrar y hacer crecer. Contemplar y vivir el misterio trinitario es descubrir profunda fecundidad para la vida concreta y ordinaria. *El corazón de todo lo que vamos a decir es que vivir la realidad trinitaria nos deja con una gran fuerza unitiva que supera las diferencias de las personas, con una gran pasión por la comunión, con la fuerte convicción de ser puente de unión entre las personas y los mundos separados.* Nos deja cantando la comunión:

Eles são todo Dom e Acolhimento
Eles são Partilha e Comunhão

Trindade que sois dom e acolhimento

Comunidade de amor total
 Naufragai os nossos barcos em
 vossas águas
 Abismo de ternura sem igual.

Trindade amiga, Trindade irmã
 Ensinaí-nos o amor que torna a
 vida bela
 A fazer desta vida uma festa.
 Vosso Reino de amor já nesta terra.

Vinde, segurai as nossas mãos
 Vinde brincar conosco de ciranda
 Ensinaí-nos de novo a ser crianza
 E convosco entrar em eterna danza.

2. Espiritualidad trinitaria, espiritualidad de comunión

Jesús nos manifiesta a Dios como una comunidad de personas. Repetidamente nos habla de la profunda comunión que hay entre el Padre y el Hijo y fruto de esa simbiosis nace el Espíritu. Por eso Jesús no actúa por su cuenta sino en profunda comunión con el Padre; cuando nos muestra su misericordia lo hace enseñándonos la misericordia del Padre mismo, fuente y autor del verdadero amor. Sin embargo, la acción amorosa y misericordiosa del amor de Dios no termina con la obra de Jesús sino que continúa en la Iglesia y en el mundo gracias a la acción del Espíritu Santo

que nos lleva hacia la plenitud de la comunión que nace de la verdad. Con la fuerza del Espíritu Santo el cristiano no solo logra teóricamente la verdad acerca de Dios sino que pone en práctica el evangelio de Jesucristo. La verdad consiste en vivir cada día en comunión con la misericordia del Padre que nos llega por Jesús. *Todo esto ocurre porque creemos en el Padre que da la vida, en el Hijo que la recibe y el Espíritu Santo que la comunica.* Así brota la comunión fecunda; la que nace de la comunión con el Padre, por Cristo y en el Espíritu.

Esta espiritualidad trinitaria nos lleva a una vida alternativa. *Nos hace entrar en un proceso de profunda comunión.* Proceso que se inicia y se afirma con los encuentros que desarrollan la comunión vital entre las personas. Proceso que nos pide unas determinadas actitudes. Así podremos escuchar la voz del Señor que nos indica: “Haz tú lo mismo y vivirás”. Comienza una nueva praxis.

Este es el camino que conduce a un VC contemplativa, profética, fraterna, misionera, servidora y samaritana. Nos permite vivir una nueva alternativa y para ello hay que acertar a convertirlo en pro-

puesta de vida, así descubrir la fuerza de la creatividad, la comunión, la generosidad que brotarán en nosotros y en nuestros grupos cada vez que contemplemos y vivamos el misterio de la Trinidad. El Espíritu que está presente y activo nos guiará a la verdad plena (Juan 16, 13) y nos implicará en acciones diversas, todas ellas son parte de un proceso que bien podemos llamar de revitalización. En él hay que garantizar la continuidad y ejercitar la “nueva imaginación de la caridad” (NMI 50).

Ese futuro y ese proceso o etapa nueva tenemos que leerlo y presentarlo en clave de *encuentro y de comunión*. En los encuentros inicia su acción el Espíritu y con los encuentros se prosigue y se llega a la profunda comunión. En este sentido es importante recordar el enfoque de esta reflexión: *La VC la entendemos como un don del Espíritu, recibido en la Iglesia de comunión para la transformación del mundo que está urgido de comunión*. La Iglesia es madre y maestra, es campo de acción y misión para los consagrados; es la casa de la VC. (EN 8 y 24) y fuente de comunión.

En el momento actual se vive con la impresión de que hay que

marcar un nuevo hito en la historia de la VC. ¿Lograremos vivir un momento significativo dentro de la misma? Es importante constatar lo que el Espíritu Santo hace nacer en la Vida Consagrada hoy, a comienzos de un nuevo milenio, agradecerlo y proseguirlo. No hay duda de que se inicia un proceso que se suma a los muchos vividos en los 16 siglos de su recorrido. Si queremos una VC que sea una alternativa actual, necesitamos colocar en el centro de nuestras opciones *la palabra, la perspectiva y la dinámica de la comunión*.

• Partimos del encuentro

Encuentro es la creación y la encarnación. Implica todo nuestro ser, ya que nos coloca en «los límites de las fronteras» donde sentimos su urgencia. El verdadero encuentro nace del amor y nos expone al buen riesgo de la intimidad y la sinergia. *Las tensiones, separaciones, distanciamientos, desencuentros han quebrado el hilo conductor de la historia, han originado las separaciones, las luchas y han llevado a guerras y a destrucciones*. La historia de la humanidad, leída sabiamente, nos recuerda que «si queremos caminar rápido debemos hacerlo solos. Si queremos caminar lejos

y emprender una larga andadura, tenemos que saber caminar juntos». El desencuentro nos quita fuerza y nos deja en la estacada.

En cambio, si se da el encuentro en profundidad se produce una etapa nueva en nuestras vidas y en nuestros grupos. Así se adquiere una especial fuerza de comunión y de transformación. Revitaliza a todos y ayuda a superar los diversos signos de cansancio y de estancamiento, lo que es propiamente un encuentro: *“una fertilización cruzada y una mutua fecundación”*. *La que trae la presencia que se transforma en una “fuerza creativa y dinámica”*. Tiene que darse encuentro entre la samaritana y el buen samaritano para que todo se oriente bien. Cuando eso acontece, surge vida. Las ciencias humanas nos recuerdan que la persona no es algo estático sino una realidad dinámica, histórica, algo que se constituye como un nudo de relaciones con los demás. El “yo” de la persona no existe sino en el encuentro y la apertura al “tú”. Si la experiencia de encuentro del bebé es negativa durante los primeros meses de embarazo, todo su futuro está gravemente comprometido. Cuando el individuo fracasa en las

relaciones con los otros se aliena, se pierde a sí mismo.

Los encuentros los vemos reflejados en campos diferentes. *El encuentro bien hecho se convierte en un nuevo comienzo y en un diferente modo de comprender las cosas*. En una palabra, los encuentros son acontecimientos que cambian nuestras vidas. Estimulan, provocan y exigen. Confirman el gran pensamiento de M. Lévinas que ser y estar en relación es más importante que simplemente ser. Ser uno mismo es ser para los demás y por tanto los encuentros nos evocan que el bien marca con más fuerza nuestras vidas que la verdad. Por ellos nos decidimos a cruzar fronteras, a entrar en el mundo de los otros y a ayudarnos. *La aventura espiritual de nuestro tiempo pasa por la calidad e intensidad de nuestros encuentros*. Cuando un creyente encuentra a otro creyente son muchas las cosas que pasan. Comienzan nuevas relaciones, nuevos compromisos y nueva vida.

La experiencia de lo sagrado y de lo profético presenta un panorama en movimiento. Es como el ir y venir de lo indescifrable e imprevisible. La mística no es un

teorema ni un silogismo, ni una fórmula estándar de acercamiento a lo divino; tampoco es lo prefabricado. A lo que más se asemeja todo este dinamismo es al encuentro que supone memoria y ausencia, a la noche que lleva al día, a la purificación dolorosa que nos permite pasar a un nuevo nacimiento y a la unión que se realiza en lo más profundo. No hay duda de que en todo ello, haya algo de creación continua. *En la experiencia mística se da el encuentro profundo y en todo encuentro profundo se da experiencia mística.*

Pero al mismo tiempo debemos decir que la creación nueva necesita expresarse de manera colectiva; apunta a juntar lo separado o dividido. Para ello precisa prestar atención a las nuevas sensibilidades y reivindicaciones, a la propuesta de nuevas categorías culturales y también a la cultura de las nuevas utopías en las que estamos envueltos y que todas ellas apuntan al encuentro. Puede parecer que estas experiencias son todo de Dios y del hombre y de la mujer de un determinado período de la historia. Esas nuevas categorías y realidades las debemos preparar, buscar, vivir intensamente. Debemos

aceptar sus implicaciones. Así nos lo recuerda magistralmente José Otón Catalán: «Un agricultor no puede provocar la lluvia, ni hacer que suban determinadas temperaturas o que llegue la primavera. En cambio, sí puede cavar un pozo, construir una cisterna y canalizar el agua. Con su trabajo puede preparar la tierra, labrarla, quitar las piedras y arrancar las malas hierbas, podar los árboles y construir almacenes para guardar la cosecha. Si no se realizan estas tareas a la larga llegará la escasez y el hambre. Con la experiencia espiritual sucede algo parecido. No basta con vivirla; hay que “trabajarla”» (J. Otón Catalán, *Debir, el santuario interior*).

La experiencia del encuentro es la tendencia más fuerte y consistente de nuestro contexto sociocultural. Los hombres y mujeres que hablan con Dios deben *encontrar los espacios, lugares, tiempos, mediaciones, personas que canalicen y provoquen la experiencia mística y profética de los encuentros con los demás*. La experiencia mística es una realidad humana que solo se da cuando los seres humanos se encuentran. Con creatividad se deben conseguir expresiones y cauces para pasarla al hombre y mujer

de la calle porque ella/él están urgidos del encuentro o del reencontro. Pero antes que nada hay que ponerse en condiciones para que se dé, para que tenga lugar. El encuentro pide ricas relaciones personales. Para que existan tiene que aparecer con toda su fuerza el rostro humano que es como la horma del rostro de Dios. En él, tocamos el límite del tú eterno. (M. Buber).

El encuentro es una estructura, un acontecimiento y un espíritu; tiene un antes y un después; crea un ambiente, transforma a las personas y a los grupos. De la cultura actual nos llega la insistencia en ponerlo de relieve en todas las dimensiones de la VC. *Alguien la ha comparado a un sacramento; en ella se da celebración y encuentro. Supone escucha, diálogo, interacción y lleva a una verdadera transformación.* Nos deja con más intensidad en nuestras relaciones y alarga nuestros horizontes. Nos sitúa en esta «cultura de la alteridad» (M. Lévinas). Para él, todo encuentro evoca lo que se produce entre el hombre y Dios en la experiencia interpersonal: «Por el diálogo hacemos a Dios presente en nosotros; cuando nos abrimos al diálogo con los otros nos abrimos nosotros mismos a Dios».

Los signos de vitalidad del Espíritu en la VC son de una u otra forma comunión conseguida por reales encuentros. *Comunión entre el hombre y la mujer, entre los laicos y los religiosos, entre personas de unas culturas y de otras, entre unas y otras congregaciones y formas de VC; la comunión que va de la colaboración a la fusión; la que se produce entre distintas generaciones; con la madre tierra, con las distintas religiones, entre creyentes y no creyentes; la que nace, simplemente, con los pobres.*

Estos encuentros nos llevan a una nueva forma y a un nuevo paradigma de VC; un modelo histórico no se improvisa en la vida de una institución. Se forja de a poco. Supone un salto más y, en cierto modo, un acertar a cerrar e integrar los diversos elementos que han ido apareciendo en este artículo. Incluye el vino del espíritu y los odres de las estructuras. Supone una determinada combinación de los elementos diversos que integran la VC; supone añadir algunos nuevos en relación con la presente situación de la misma y un dejar de lado otros. Este sería como el método a seguir. Supone un discernimiento de refundación, es decir, un mirar de nuevo a la

realidad cultural, religiosa y socio-política de esta época y ofrecer el anuncio evangélico hecho vida en el religioso como alternativa valiosa y desafiante. Esta nueva forma asumiría los grandes elementos de la mejor tradición de la VC y añadiría otros peculiares del momento actual. Deberá tener una fuerza carismática clara y definida y la fecundidad propia de la levadura evangélica. En una palabra, tendrá una forma que se presentara como paradigmática. En esa búsqueda estamos.

- Celebramos la comunión

Ahora, vamos a ver, que hay que dar un paso importante en relación con el torbellino de vida trinitario que es comunión y a la comunión nos lleva en el día a día. Se trata de celebrar esta vida y esta comunión. No conviene celebrar lo que no se vive pero lo que se vive hay que celebrarlo. El gozo de los signos de comunión de la Iglesia y de la VC merece una celebración marcada sobre todo por la alabanza y el agradecimiento. Ninguno de estos elementos puede faltar en todo proceso de una auténtica comunión. La condición fundamental para celebrar es creer. Es verdad que estos signos no son deseos, buenas intencio-

nes, búsquedas abstractas. Son vida y realidades en las que en cierto modo no creemos porque las vemos. Pero sí creemos que son don del Espíritu recibido en la Iglesia para el mundo. La actitud auténticamente celebrativa de la comunión cuando contemplamos la Trinidad no puede faltar en la Vida Consagrada y menos en este momento. Si falta la VC pierde su alma. Esta capacidad supone la capacidad de simbolizar, contemplar, disfrutar, pedir perdón, interceder, agradecer y alabar por estos signos de vitalidad que el Señor está haciendo en ella.

• Celebrar la comunión es pedir perdón

La comunión que el Espíritu suscita en nosotros es una gran luz y una fuerza. Pero hay quien la ve como una sombra y en una sombra la convierte. Es importante purificar nuestra vida cuando no tiende a la comunión sino a la dispersión y separación y borra la acción del Espíritu. Esto nos debe llevar a pedir perdón. El tener y el poder con mucha frecuencia rompen la comunión; llevan a la separación.

Hay una cierta resistencia instintiva -entre los religiosos- para

aceptar la verdad y la realidad actual de la vida religiosa. Con demasiada frecuencia cerramos los ojos a la vida que trae la comunión y a la muerte que produce la separación y exclusión. Necesitamos más sinceridad y más arrepentimiento de nuestros pecados contra la comunión. Abrirse a la luz, a la verdad, aceptar la fuerza de la comunión, ser honestos con la realidad es ya evangelio. Pero la resistencia existe, también, para reconocer los signos de vitalidad del Espíritu y que van unidos a la comunión auténtica. Ponerse en condiciones para ver, discernir y comprometerse con los signos de vitalidad del Espíritu pasa por una profunda reconciliación consigo mismo, con los demás, con el Señor y con la auténtica comunión.

- **Celebrar la comunión es escuchar palabras de Jesús sobre la comunión**

Hay textos de la Escritura que nos permiten leer en nuestras vidas los signos de la acción del Espíritu que nos llevan a la comunión. Sobre todo el Nuevo Testamento ayuda a poner de relieve la novedad del Espíritu de Jesús que ahonda y enriquece la comunión. Ofrece una alternativa a un mun-

do que necesitaba de ella. Abre los ojos a los que la comunión pone cerca y a los que están aún lejos de la vida nueva que supone la llegada del Reino. Indicamos algunos textos que ayudan a hacer lectio divina sobre la comunión: Ex 34, 4-9; 2 Cor, 13, 11-13; Jn 3, 16-18; Rom 8, 14-17; Mt 28, 16-18; 2Cor 5, 17; Mateo 9, 16-17; 1 Cor 13, 4-7.

En estos textos hay un hilo conductor: contemplamos la vivencia profunda de la comunión en la Trinidad y el anuncio de la comunión situada en el corazón de la buena nueva y de la llegada del Reino. La Palabra nos ayuda y compromete a llevar la comunión a la vida ordinaria, a acercar el anuncio a la vida para que ésta sea vivencia de comunión. Los hombres y mujeres consagrados debemos tomar conciencia de este anuncio contemplativo y profético de la comunión. La falta de comunión lleva a la muerte. Cuando uno escucha la Palabra en este contexto al que nos estamos refiriendo termina confesando a Jesucristo como dador de vida. Él no anunció ni definió normas externas. No sentía demasiado respeto por la letra y en cambio seguía la llamada del corazón; un corazón que debido a la intensa relación con el

Padre estaba totalmente abierto a las existencias de las personas y propiciaba la comunión como camino de vida. Se dedicó a generar vida en todas partes haciendo comunión. También la Iglesia genera vida y se advierte en los lugares más diversos donde se pueden ver nuevas floraciones de comunidades vivas, nuevas presencias y creyentes fecundos. El anuncio de la Palabra convoca, reúne y envía a la misión, a hacer comunión. Así se percibe y se muestra una nueva frescura y vitalidad. Es una expresión más del Espíritu de Jesús en acción que genera vida nueva ahí donde hay comunidad.

• **Celebrar la comunión es interceder y pedir la gracia de la comunión**

Se intercede para que la comunión se multiplique y para que la división y separación se transformen en vida, en profunda comunión; para que el agua de la exclusión se convierta en el buen vino de la unión vital. Para vivir en una fecunda comunión, la que nos encamina hacia el Reino. La gracia de la comunión fecunda la debemos pedir con insistencia y sobre todo con confianza. Más aún, debemos orar en profunda comunión con la Trinidad:

Padre, aumenta en nosotros la luz y la fuerza

Para que en los signos de vitalidad de la Vida Consagrada,
Suscitados por el Espíritu,
Con la vivencia de la comunión
Nos lleven a reconocer tu presencia
Y la de Cristo tu Hijo
Y proclamemos delante de todos
Que Él es el Señor, camino, la verdad y la vida. Amén.

El Señor no nos da todo lo que le pedimos pero sí todo lo que necesitamos. De la comunión estamos urgidos.

• **Celebrar la comunión es agradecerla**

Agradecer es una actitud muy destacada por el Señor en el evangelio. Pero la mejor manera de agradecer un don es compartirlo con los demás. Ese compartir nacerá de la fuerte convicción de que lo recibido es bueno y bueno es que lo tengan y lo vivan otros. Te damos gracias Señor por la gracia de la comunión ininterrumpida del Señor con nosotros y de nosotros con los demás.

Te damos gracias,
Señor y Padre nuestro, te bendecimos y te glorificamos

Porque has multiplicado el don de la participación y la comunión, Obra del Espíritu de Cristo Jesús. Así se manifiesta vivo y presente En medio de cada uno de nosotros y de la familia religiosa, De la Iglesia y del mundo entero. Así nos guía, con mano maternal y brazo extendido

A través del desierto de este tiempo.

Gracias por la fuerza de tu Espíritu que por él lleguemos a vivir La profunda comunión trinitaria y fecunda fraternidad que has prometido a los que entran en tu Reino. Amén

• Celebrar la comunión es alabar la realidad de la comunión

o Alabar es vivir pascualmente

Estamos caminando a velocidades diversas; y no siempre en la misma dirección. Estamos en horas de la noche que apunta al alba. En términos de historia de la salvación, diríamos que la VC se encuentra en horas de sábado Santo. Ya no en el Viernes Santo pero todavía no hemos llegado al Domingo de resurrección, la fiesta de la comunión. De una y otra forma estamos urgidos de vivir este misterio pascual y en un período de humilde esperan-

za. Es un momento de gracia que debemos aprender a agradecer y a compartir la realidad de la comunión trinitaria transmitida a nosotros por Cristo resucitado. Por eso alabamos y bendecimos y cantamos aleluya. Nada reflorece más que la comunión.

o Alabar es entrar en la acción del Espíritu

Eso ocurre cuando descubrimos todas las grandes obras que el Señor ha realizado. Entonces salimos de nosotros mismos y reaccionamos, actuamos, hacemos, nos comprometemos. El compromiso es una forma de alabanza y a él solo se llega desde la auténtica comunión. Hay personas que dan muchas vueltas en torno a sí mismas; son muy autorreferenciales. Se lamen sus heridas y son incapaces de dedicarse a atender las heridas de la gente. Alabar es ver expandirse la vida y darse a los demás. Es vivir en Pentecostés, en comunión.

o Alabar es vivir con la esperanza de la comunión plena

Los días de dar fruto en nuestras vidas y misiones llegarán. Esta certeza la tiene la gente santa. Ellos esperan contra toda

esperanza. Eso hizo el P. Arrupe. Este hecho del final de su vida nos lo evoca. En su último viaje como General de la Compañía de Jesús se encontraba en la India y hablaba a los jesuitas jóvenes del futuro de la Compañía. Les describió ese futuro con la pasión y el entusiasmo que él sabía poner en todo. Los jóvenes le seguían con mucha atención e interés. Cuando llegó el momento de las preguntas, uno de ellos le hizo una muy personal. “¿Ocurrirá pronto esto?”. No le salía la respuesta en inglés tal como “It is posible”... y les *repitió con mucha fuerza en buen castellano: “Ojalá, ojalá, Ojalá”*. Por supuesto que a pesar de todo los Jesuitas indios habrán entendido. La esperanza se contagia.

Alabar, en fin, es entrar en el movimiento de la comunión. La vida se desarrolla siempre entre dos polos. El tradicional y el progresista, el conservador y el liberal, el joven y el anciano... Las personas que entran en la alabanza ven vida en todo porque se sitúan en el corazón de la Trinidad que es lo que más les lleva a la alabanza; ambas están presentes en todos y en cada uno de nosotros. Se mueven en ese mundo. Pero en nadie puede faltar una meta: la posibilidad de tender ha-

cia delante para alcanzar lo nuevo. Esta tensión es del Espíritu y genera energía y mantiene viva la comunión.

En el fondo, celebrar la comunión en la VC es anunciar: “Que continúe la fiesta”; seguir sembrando semillas de comunión en nuestra tierra. El espíritu de fiesta nos permite multiplicar estos signos de vida. Ese espíritu es alegre, desinhibido, libre, fraterno. Para tener ese espíritu no hay como beber del buen vino y transformarse en buen vino para nuestros hermanos y hermanas. Sin olvidar que la cruz y las renunciaciones forman parte de los preparativos y de la celebración de la fiesta de la comunión.

Entrar por el camino de la comunión nos pide mucho valor ya que hay tanto por hacer en este campo dentro de la sociedad, en la Iglesia y en la VC. Aunque el proyecto de la comunión de la vida corriente sea difícil, hay que tener ganas y fuerza para llevarlo adelante. Del Espíritu nos viene el valor, y los arrestos para ello, que no son solo de la gente joven. Son de todos aquellos que tienen el don vocacional reavivado y son capaces de darse cuenta de que viene y brota de la Trinidad. *Esto*

es lo que este momento histórico nos pide. Hay que inventar algo nuevo y lo nuevo pide novedad. Pide ponerse en manos del Espíritu. Hacer guardia no es suficiente; no sería honesto ignorar la densidad de la noche ni abaratar la esperanza, ni pretender adivinar el futuro sino forjarlo; la buena raíz del mismo es la comunión. Para ello no puede faltar el *breakdown* de la situación actual. *La VC está reaccionando y enraizándose en la experiencia espiritual de la que brotó, la de la comunión evangé-*

lica. Este hecho antes o después dará su fruto. Sobre todo si no nos falta la confianza en Dios y las posibilidades que nos han sido dadas como personas. Precisamos crear espacios motivadores y sanadores para regenerar la comunión. Es la gran llamada del momento. Una sociedad “trinitaria” y una VC trinitaria será aquella en que muchos “yo” y “tú” se buscan y encuentran en la síntesis del “nos-otros” comunal. Está llamada a hacer comunión encarnada y convertirla en realidad.